

La Comédiathèque

Ni siquiera muerto

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Ni siquiera muerto

Jean-Pierre Martinez

En una cama de hospital, un hombre que ha perdido la memoria después de una operación de último recurso ve desfilar a todas las mujeres que ha olvidado. ¿Podría ser una de ellas la mujer de su vida?

Reparto

Mujer

Hombre

Una habitación impersonal, amueblada solo con una cama individual, una mesita de noche y una silla. Una mujer en pijama a rayas está acostada en la cama. Está durmiendo. Su teléfono móvil suena en la mesita de noche. Se despierta y contesta la llamada.

Mujer – ¿Sí? Sí, soy yo... De acuerdo... No, no se preocupe, voy en mi coche y llego enseguida. Gracias por llamar...

Reposa su teléfono móvil y se queda pensativa por un momento. Se levanta y sale.

Silencio. Música dramática exagerada.

El teléfono móvil vuelve a sonar. La música se detiene. Se escucha el mensaje de bienvenida del contestador.

Mujer (*en off*) – Estás llamando al Teatro (*seguido opcionalmente del nombre del teatro donde se representa la obra*). No estamos disponibles en este momento. Por favor, no dejes ningún mensaje, nosotros tampoco lo haremos. Recuerda apagar tu teléfono móvil y olvidarte de todo lo demás.

Negro.

Música de espera de un contestador telefónico.

Luces.

Un hombre está acostado en la cama, en pijama a rayas. Está durmiendo. Entra una mujer que podría ser su madre (vestida con ropa anticuada, sin maquillaje, con un andar poco enérgico). Se acerca a la cama.

Mujer – Es hora... (*Como él no responde, eleva la voz y lo sacude enérgicamente.*)
¡Es hora!

El hombre se despierta sobresaltado y la mira, un poco confundido.

Hombre – ¿Mamá? ¿Pero qué haces aquí?

Mujer – Es hora, hijo.

Hombre – ¿Hora? ¿De qué?

Mujer – No lo sé. Pero es hora.

Hombre – Pero vamos... ¿Hora de qué?

Hace un esfuerzo para levantarse, pero se interrumpe para recobrar fuerzas.

Mujer – ¡Vamos, holgazán! Haz un esfuerzo, por favor. ¡Levántate y anda!

Recupera un poco la claridad mental.

Hombre – Tengo la sensación de haber escuchado eso antes.

Mujer – Desafortunadamente, tengo que repetírtelo todas las mañanas. (*El hombre mira a su madre con una expresión sorprendida.*) ¿Estás bien? Te ves raro...

Hombre – ¿Y tú me lo dices a mí? Mira, mamá, no lo tomes a mal, pero...

Mujer – ¿Qué?

Hombre – Te creía muerta...

Mujer – Pero... lo estoy.

Por un tiempo.

Hombre – Ya sabía yo que algo te había cambiado.

Mujer (*con un gesto de desprecio*) – ¿Ah sí?

Hombre – No, pero... para mejor, te lo aseguro. ¿Y papá?

Mujer – También está muerto. ¿Y tú, estás seguro de que no estás muerto?

Hombre – No lo creo...

Mujer – Entonces no estás seguro.

Hombre – Supongo que cuando uno está muerto, lo sabe, ¿no?

Mujer – Vaya... ¿Al menos comes bien?

Hombre – No lo sé... ¿Por qué?

Mujer – Si comes, es que no estás muerto.

Ella busca en el bolsillo de su abrigo y saca una manzana, que le ofrece.

Mujer – Toma, te he traído esto.

Él coge la manzana con cierta desconfianza.

Hombre – Una manzana... Como la bruja de Blancanieves...

Mujer – ¿Te crees Blancanieves?

Hombre – Desconfío, eso es todo.

Mujer – ¿Desconfías de tu propia madre?

Hombre – Te recuerdo que se supone que estás muerta.

Mujer – ¿Me tomas por una bruja, es eso?

Hombre – En absoluto...

La mujer mira a su alrededor.

Mujer – No es un lugar muy alegre, ¿verdad?

Él parece descubrir el lugar a su vez.

Hombre – No... ¿Dónde estamos?

Mujer – Parece un manicomio.

Hombre – Supongo que si estuviera loco, me habrían puesto una camisa de fuerza.

Mujer – ¿Y tu mujer? ¿Viene a verte de vez en cuando?

Hombre – No... Bueno, no recuerdo bien... ¿Estoy casado?

Mujer – ¿Y tus amigos? ¿Tienes amigos al menos?

Hombre – No lo sé. No he visto a nadie.

Mujer – ¿Qué quieres? Así es como es... Desde que eras pequeño... nunca has sido muy popular...

Hombre – Gracias... Eso me anima...

Mujer – Incluso yo me pregunto por qué vine. ¡Ni siquiera estás muerto!

Hombre – Lo siento por decepcionarte una vez más.

Mujer – Definitivamente, lo habrás arruinado todo en tu vida. (*Se levanta, comienza a irse pero se gira una última vez.*) Incluso tu muerte.

Ella se va. Él mira la manzana. Da un mordisco y vuelve a poner el resto en la mesita de noche. Mastica un momento antes de tragar el trozo.

Hombre – Así que no estoy muerto...

Negro.

Música de espera de un contestador telefónico.

Luz.

El hombre en pijama a rayas está acostado en una cama. Se despierta lentamente. Se incorpora, se sienta y mira a su alrededor, pareciendo no saber por qué está allí. La misma mujer entra. Aparenta veinte años menos (ropa más juvenil, labios pintados, aspecto decidido). Lleva en una bandeja un desayuno ligero.

Mujer – ¡Hola!

El hombre claramente tiene dificultades para despertar.

Hombre – Hola...

Mujer – ¿Cómo estás?

Hombre – Estoy bien... Creo.

Mujer – Aquí tienes tu desayuno.

Hombre – ¿Un desayuno en la cama? Gracias, pero... ¿es por alguna ocasión especial?

Ella no responde, sonrío con indulgencia y se sienta junto a él.

Mujer – No sé qué tal estará el café. Seguro que no es un expreso.

Hombre – No importa, lo tomaré de todos modos... Me siento como si tuviera resaca.

Comienza a tomar su café y comer una tostada.

Mujer – Lo siento, creo que son galletas sin sal...

Él sonríe y continúa masticando su galleta.

Hombre – ¿Sabes lo que estaba pensando?

Mujer – No...

Hombre – No creo que realmente podamos cambiar las cosas.

Mujer – ¿Las cosas? ¿Quieres decir...

Hombre – O las personas.

Mujer – Ah sí...

Hombre – Yo, por ejemplo, con mi familia... Comprendí de inmediato que no iba a funcionar.

Mujer – Tu familia... Te recuerdo que soy tu esposa...

Hombre – No, no me refiero a eso, por supuesto. Tú eres algo diferente... *(Pausa)* ¿Y estás segura de que estamos casados?

Mujer – ¿Por qué me preguntas eso?

Hombre – No sé... Duermo en una cama de una sola plaza...

Mujer – Ah sí...

Hombre – Ni siquiera recuerdo que estoy casado, ¿te das cuenta? El médico me dijo que era normal. Todavía no he recuperado la memoria inmediata.

Mujer – Llevamos casados veinte años...

Hombre *(distráido)* – Sí, es raro, ¿verdad? Usted aún no ha recuperado la memoria inmediata. Eso es lo último que escuché y solo recuerdo eso... *(Pausa)* No lo sé... Tal vez venga de ahí...

Mujer – ¿Qué?

Hombre – Esta necesidad que siempre he tenido de arruinarlo todo... Para no correr el riesgo de ser decepcionado... *(Toma la manzana y la mira)* Cuando el gusano está en la manzana, no puede terminar bien para nadie.

Mujer – Excepto para el gusano, quizás... *(Él la mira sorprendido, y ella se corrige de inmediato.)* Perdona, no sé por qué dije eso...

Hombre – No, tienes razón, es cierto... Nunca pensamos en el gusano.

Mujer – Y además no eres una manzana.

Hombre – No lo sé. Ya no lo sé.

Mujer – ¿Tomaste tus medicamentos?

Hombre – ¿Qué medicamentos?

Mujer – Voy a buscarte un vaso de agua.

Ella sale. Él vuelve a morder la manzana. Ella regresa con algo diferente en su apariencia, ya sea en su ropa (un accesorio) o en su peinado (una peluca). No es algo extravagante, pero sí algo llamativo y un poco extraño. Parece que él no nota nada. Ella le ofrece un vaso de agua como si nada.

Hombre – Gracias.

Toma las pastillas que ella le ofrece y las traga. Ella lo mira fijamente.

Hombre – ¿Qué pasa? ¿Qué tengo?

Mujer – Tengo que contarte algo.

Hombre – Vale.

Mujer – No es fácil.

Hombre – Me estás asustando...

Mujer – No, pero no es sobre ti. Bueno, sí, pero...

Hombre – Bueno...

Mujer – Bueno, resulta que yo... No soy exactamente... quien crees.

Hombre – ¿Cómo así? Pero si yo no creo nada.

Mujer – Aun así, soy tu esposa.

Hombre – ¿Quieres decir que... me estás engañando?

Mujer – No, no es eso en absoluto. Bueno...

Hombre – ¿Bueno qué?

Mujer – No te estoy engañando, quiero decir que no te he dicho la verdad. Te he mentado.

Hombre – ¿Sobre qué?

Mujer – Sobre todo. Desde siempre. De hecho, no soy exactamente una mujer...

Hombre – ¿Estoy casado con un hombre y nunca me di cuenta?

Mujer – Tampoco soy un hombre.

Hombre – De acuerdo... Entre los dos, entonces.

Mujer – Diría más bien que ninguno de los dos.

Hombre – Bueno... entonces es por eso que nunca tuvimos hijos, supongo.

Mujer – Sí... entre otras cosas...

Hombre – ¿Porque hay algo más?

Mujer – No soy de aquí.

Hombre – ¿Aquí? Pero, ¿dónde estamos exactamente?

Mujer – Vengo de otro mundo que el tuyo.

Hombre – Eres una bruja...

Mujer – Las brujas no existen. Todo el mundo lo sabe.

Hombre – Entonces, tú tampoco eres una bruja.

Mujer – ¿Recuerdas a mi madre?

Hombre – No.

Mujer – Ella me dio a luz después de recibir la visita de un extraterrestre.

Silencio. Él la mira, buscando qué responder.

Hombre – Tengo la sensación de haber escuchado una historia así en algún lugar antes.

Mujer – Tal vez en una iglesia. Sobre el embarazo de la Virgen María.

Hombre – Sí... O tal vez es por los medicamentos...

Negro.

Música de espera de un contestador telefónico.

Luz.

La misma habitación, pero algunos detalles indican que es una habitación de hospital (un gráfico médico al pie de la cama y una perfusión al otro lado de la mesita de noche, por ejemplo). El mismo hombre se despierta en la misma cama. La misma mujer entra, pero con bata blanca de médico.

Mujer – Entonces, señor, ¿cómo se siente hoy?

Hombre – Estoy bien... Bueno... ¿Pero qué hace usted en mi habitación?

Mujer – Ah... Esa simple pregunta parece indicar que aún no ha recuperado completamente su memoria inmediata.

Hombre – No recuerdo nada... excepto que ya me lo ha dicho antes.

Mujer – No se preocupe, es muy común después de este tipo de intervención. Tan pronto como se toca el cerebro...

Hombre – El cerebro... Ya veo...

Mujer – Si todavía ve, al menos es algo... Escuche, no vamos a engañarnos, su estado... es muy preocupante.

Hombre – ¿Quiere decir preocupante para mí, supongo?

Mujer – Me hubiera gustado poder darle buenas noticias, pero qué quiere que le diga... No soy Dios Padre...

Hombre – Lo cual en sí mismo sería una buena noticia para mí.

Mujer – ¿En serio lo cree?

Hombre – Despertar de una operación cerebral y ver a Dios Padre...

Mujer – Claro... Entonces, los resultados de nuestros primeros análisis no son muy alentadores... para usted.

Hombre – Lo entiendo.

Mujer – Si todavía entiende, al menos es algo...

Hombre – Y dice que... es grave.

Mujer – Dios mío... No necesariamente...

Hombre – ¿Cómo así?

Mujer – Lo grave es que... no sabemos en absoluto qué tiene.

Hombre – Ah... Y supongo que eso... es grave para usted.

Mujer – Si no sabemos qué tiene, tampoco sabemos cómo tratarle. En resumen, no sabemos qué hacer... Y cuando no sabemos qué hacer, no sabemos qué decir. Francamente, querido señor, no sé qué decirle...

Hombre – Escuche, Doctora... ¿Puedo llamarla Doctora?

Mujer – Obtuve mi título de medicina en Rumania pero... Claro, por supuesto. Llámeme Doctora.

Hombre – Sé que se preocupa mucho por mí, pero en mi caso... me preocupa más el estado mental de mi esposa.

Mujer – ¿Su esposa? Vaya...

Hombre – Es difícil de creer, pero... resulta que mi esposa se cree una marciana.

Mujer – Vaya, vaya...

Hombre – No parece sorprenderle.

Mujer – Claro, pero para decirle la verdad... (*Consulta una carpeta.*) Ignoraba que estuviera casado... En cualquier caso, no está indicado en su expediente médico.

Hombre – Tal vez consideraron que no era una enfermedad lo suficientemente grave como para ser mencionada.

Ella ríe de manera un poco forzada.

Mujer – En cualquier caso, ha recuperado su sentido del humor. Y eso es una buena señal, ¿verdad? ¿Conoce a Ionesco?

Hombre – No personalmente.

Mujer – Era rumano, como yo. Y tengo el honor de llevar el mismo apellido que él. Según mi madre, somos vagamente parientes.

Hombre – ¿En serio?

Mujer (*en tono de confianza*) – Entre nosotros, siempre he pensado que los rumanos estaban más hechos para el teatro del absurdo que para la cirugía cerebral.

Hombre – Gracias, Doctora Ionesco. Son precisamente el tipo de comentarios reconfortantes que un paciente quiere escuchar de boca de su cirujano en la sala de recuperación...

Mujer – Pero por supuesto. Estoy aquí para eso. Si tiene alguna otra pregunta que hacerme, no dude en decírmelo.

Hombre – ¿Y... para mi esposa, puede hacer algo?

Mujer – ¿Su esposa? Dios mío... Primero deberíamos asegurarnos de que realmente tiene una esposa...

Hombre – Oh sí, obviamente.

Mujer – Y luego, de que su esposa no sea realmente una extraterrestre.

Hombre – ¿Cómo así?

Mujer – Concederá que si su presunta esposa es realmente marciana, no se puede considerar loca si afirma venir del planeta Marte.

Hombre – Es cierto, visto de esa manera...

Mujer – En cualquier caso, eso es lo que nos enseñan en las facultades de medicina en Rumania.

Él la mira como si la descubriera en ese momento.

Hombre – Es increíble, Doctora Ionesco...

Mujer – ¿Qué es lo increíble?

Hombre – Lo mucho que se parece a mi esposa. Bueno, lo que se parecería a mi esposa si estuviera casado.

Mujer – Y sin embargo... le aseguro que yo no vengo del planeta Marte.

Hombre – No, usted viene de Rumania. Y... ¿fue usted quien me operó, verdad?

Mujer – Lamentablemente para usted... Supongo que un médico de otro lugar de la galaxia podría haberlo salvado.

Hombre – ¿Usted lo cree...?

Mujer – Según dicen, esa gente es mucho más avanzada que nosotros. En cualquier caso, se puede suponer razonablemente que sus médicos están mejor formados que simples internos que estudiaron en Bucarest...

Hombre – Sí, bueno...

Mujer – Tiene razón... A este nivel de especulación, me pregunto si aún se puede hablar de supuestos razonables, ¿verdad? Lo dejaré descansar... Pasaré más tarde...

Hombre – ¿Puedo pedirle otro favor?

Mujer – Mientras no sea que le salve la vida...

Hombre – Si se encuentra con mi esposa, dígame que no estoy casado.

Mujer – No dejaré de hacerlo.

Hombre – Gracias.

Ella se dispone a salir pero se voltea una última vez hacia él.

Mujer – ¿Puedo pedirle algo yo también?

Hombre – Mientras no sea preguntarme cómo me llamo.

Mujer – ¿Podría llamarme una vez más "Doctora"?

Hombre – Gracias, Doctora Ionesco. Adiós, Doctora.

Se oscurece.

Música de espera de un contestador telefónico.

Luz.

El hombre está sentado en su cama. Mira al vacío. Llega la mujer vestida de sacerdote.

Mujer – Buenos días, hijo mío.

Hombre (*apenas sorprendido*) – Buenos días, padre...

Mujer – Soy la capellana de este hospital.

Hombre – Hola, padre.

Mujer – Vine enseguida cuando me llamó.

Hombre – ¿Está segura de que fui yo quien le llamó?

Mujer – Alguien me dijo que viniera a verle. Tenía un ligero acento rumano.

Hombre – Ah, sí... Es mi cirujana...

Mujer – Parece que era algo urgente. Pero si cree que no está listo, puedo volver más tarde.

Hombre – No, no, por favor. Además, así estará hecho. Por si acaso. Bueno, no sé cuánto tiempo es válido...

Mujer – ¿Válido?

Hombre – Quiero decir la extremaunción. Si no morimos de inmediato, ¿cuánto tiempo es válida después? ¿Tres meses, imagino? Como un certificado médico.

Mujer – La verdad es que... Nunca me habían hecho esa pregunta. Y como todavía no se ha presentado ese caso para mí...

Hombre – ¿Quieres decir que ninguno de sus feligreses ha sobrevivido después de recibir la extremaunción?

Mujer – Bueno, es que... En efecto...

Hombre – ¿Y está segura de que soy católico?

Mujer – Vaya... Debo admitir que nunca he pensado en exigir un certificado de bautismo en este tipo de circunstancias. No puedo imaginar a un moribundo mintiendo sobre su religión para obtener una extremaunción de último minuto. ¿No está seguro de ser católico, hijo mío?

Hombre – Tampoco recuerdo ser judío o musulmán. Y como no estoy circuncidado. ¿Está segura de que no estoy circuncidado?

Mujer – ¡Dios mío...

Hombre – Disculpe, la incomodo con todas mis preguntas. Pero sabe, no tengo mucha experiencia en esto. Es mi primera extremaunción...

Mujer – Sí, lo entiendo... ¿Al menos quieres confesarse, hijo mío?

Hombre – No sé, es... ¿Es obligatorio?

Mujer – Digamos que es altamente recomendable. Por la salvación de su alma.

Hombre – Bueno... Después de todo, ¿qué riesgo tengo?

Mujer – Lo escucho, hijo mío.

El hombre reflexiona, luego la mira como si la descubriera.

Hombre – Debo admitir que...

Mujer – Sí.

Hombre – Es un poco embarazoso.

Mujer – ¿Y por qué eso, hijo mío?

Hombre – Se parece tanto a mi esposa.

Mujer – Ya veo...

Hombre – Comprenderá que para un hombre casado, tener la impresión de que su confesor se parece a su esposa...

Mujer – Tranquilo, hijo mío. Incluso si yo fuera su esposa, estaría obligada por el secreto de la confesión...

Hombre – Bueno... Pero, no sé muy bien por dónde empezar...

Mujer – Puede empezar por el final.

Hombre – Es muy difícil confesarse cuando se ha perdido la memoria, ya sabe...

Mujer – ¿Al menos se siente culpable, hijo mío? Sería un comienzo...

Hombre – No lo sé... ¿Se sigue siendo culpable cuando se ha perdido incluso el recuerdo de sus pecados?

Mujer – ¿Realmente no recuerda nada?

Hombre – Ni siquiera recuerdo dónde estacioné mi auto.

Mujer – Dado que no está en condiciones de confesar sus pecados, le doy de todos modos la absolución. Por el beneficio de la duda...

Hombre – Gracias por confiar en mí, padre. Intentaré no decepcionarle.

Mujer – Pero no olvide regularizar su situación tan pronto como pueda.

Hombre – Lo prometo.

Ella lo bendice con la señal de la cruz.

Mujer – En el nombre del padre, de la madre y del hijo.

Hombre – Amén.

Negro.

Música de espera de contestador telefónico.

Luz.

El hombre recupera poco a poco la conciencia en la cama. La mujer llega, estilo ejecutiva, con un ordenador portátil en un maletín.

Mujer – ¡Estimado señor, buenos días!

Hombre – Buenos días...

Mujer – Disculpe un momento, no será largo.

Hombre – Por supuesto...

Ella saca la computadora portátil de la maleta, la enciende y la coloca en la mesita de noche para que él pueda ver la pantalla.

Mujer – ¿Recuerda el código para el wifi?

Hombre – Ni siquiera recuerdo mi nombre.

Mujer – No importa, prescindiremos de él. (*Después de aclararse la garganta*) Estimado señor, he querido reunirme con usted sin demora porque tengo buenas noticias que anunciarle.

Hombre – ¿Un nuevo remedio, tal vez? ¿Una cura milagrosa? Algo que pueda salvarme la vida.

Mujer – Me está quitando las palabras de la boca, estimado señor. En efecto, los nuevos productos financieros que tengo para ofrecerle podrían cambiar su vida.

Hombre – Supongo que no es médico entonces.

Mujer – Soy su asesora financiera. ¿Es usted titular de una cuenta en el Banco Espíritu Santo, verdad?

Hombre – Sí, tal vez.

Mujer – Y puedo asegurarle que es usted uno de nuestros mejores clientes.

Hombre – Menos mal. Porque ni siquiera estoy seguro de ser un buen católico...

Mujer – Tranquilo, eso no es obligatorio para especular en la bolsa. Y como cliente privilegiado de nuestro banco, he querido ofrecerle en primicia nuestras nuevas oportunidades de inversión, con un rendimiento absolutamente excepcional.

Hombre – Ah, sí...

Mujer – Mire este gráfico. (*Le muestra una curva.*) Nuestro nuevo fondo de inversión, El Fénix en Acciones, ha ganado un 27% en seis meses.

Hombre – El Fénix, ¿ah sí? Suena prometedor. ¿Pero por qué ese nombre?

Mujer – El año anterior, desafortunadamente, El Fénix perdió un 73% de su valor en bolsa. Es una inversión arriesgada, reservada para los inversionistas más audaces, ¡pero siempre renace de sus cenizas!

Hombre – No estoy seguro de poder decir lo mismo.

Mujer – Vamos, estoy segura de reconocer en usted a un luchador. La bolsa es una inversión siempre ganadora a largo plazo.

Hombre – Sabes, a largo plazo, para mí... ¿Le dije que acabo de recibir la extremaunción?

Mujer – Iba a llegar a eso, querido señor. No le voy a ocultar que debe decidirse rápidamente. Es una oportunidad excepcional, pero no habrá para todos. Solo podremos atender a nuestros clientes más receptivos.

Hombre – No estoy seguro de estar aún muy receptivo, incluso a los tratamientos médicos. De hecho, me pregunto si no estoy ya muerto...

Ella abre su maletín y saca un folleto que le ofrece con una sonrisa comercial.

Mujer – Tranquilícese... También tenemos toda una gama de productos en seguros de vida y decesos.

Hombre (*tomando el documento*) – Gracias...

Mujer – Le dejo que lo piense, querido señor. No vamos a acosarlo, ¿verdad? Estamos aquí principalmente para asesorarlo...

Hombre – Así es, voy a pensar en ello.

Mujer – Le dejo, tengo otros posibles inversores que visitar en este establecimiento. Por cierto, ¿qué es esto? ¿Una especie de casa de retiro?

Hombre – Una Unidad de Cuidados Paliativos.

Mujer – Claro, entonces nos vemos pronto. Pero piense rápido, querido señor. En su caso, sobre todo, no tiene tiempo que perder... y sería una lástima perder una oportunidad como esta.

Negro.

Música de espera de contestador telefónico.

Luz.

Una persona está acostada en la cama, sin que se pueda ver su rostro. El hombre llega vestido con ropa anticuada y con un ramo de flores en la mano (presumiblemente el padre de la mujer extraterrestre vista anteriormente). Al darse cuenta de que la mujer está durmiendo, el hombre coloca el ramo en la mesita de noche y sale. La mujer se despierta y se sienta en la cama. Ella mira las flores. El hombre vuelve con un jarrón lleno de agua.

Hombre – No quería despertarte...

Mujer (*un poco confundida*) – Gracias por las flores.

El hombre coloca las flores en el jarrón y lo coloca en la mesita de noche.

Hombre – ¿Cómo te sientes?

Mujer – Dormí mal... En mi pesadilla, eras tú quien estaba enfermo y yo venía a visitarte.

Hombre – Pero no estás enferma.

Ella parece sorprendida.

Mujer – ¿Qué hago en una cama de hospital entonces?

Hombre – ¡Pero vamos, cariño! Es la maternidad. Acabas de dar a luz...

Mujer – Ah, sí...

Hombre – Todavía debes estar bajo el efecto de la anestesia.

Mujer – ¿La anestesia?

Hombre – Fue un poco complicado, te lo explicaré. Pero no te preocupes, ahora todo estará bien.

Mujer – ¿Y el bebé?

Hombre – Es una niña.

Mujer – ¡Una niña! Pero es maravilloso...

Hombre – Bueno, cuando digo una niña...

Mujer – ¿Puedo verla?

Hombre – Fue un poco complicado. Te lo explicaré...

Mujer – ¿No sobrevivió al parto, verdad?

Hombre – No, no murió, tranquila. Bueno, cuando digo tranquila...

Mujer – ¿Qué pasa? ¿Tuvo sufrimiento durante el parto? ¿Va a tener secuelas?

Hombre – No... Ella... Aparentemente, no tendrá secuelas. Es solo que...

Mujer – ¿Es mongólica?

Hombre – No, tampoco. Aunque ahora, ya sabes, se dice más bien trisómica.

Mujer – ¡Pero me da igual lo que se diga o no! ¿Es normal o no?

Hombre – Sí... y no.

Mujer – ¿Cómo que sí y no? Se es normal o no, ¿no?

Hombre – Digamos que es normal... para una extraterrestre.

Un momento.

Mujer – Ya entiendo...

Hombre – ¿Cómo que entiendes? Parece que no te sorprende...

Mujer – Sí, sí, claro, pero... Ahora me está volviendo...

Hombre – ¿Qué te está volviendo?

Mujer – No es en absoluto lo que piensas, te lo aseguro.

Hombre – ¿Ah sí?

Mujer – Un niño... no siempre es un papá y una mamá. Piensa en el Niño Jesús y la Virgen María, por ejemplo.

Hombre – ¿La Virgen María? ¿Te estás burlando de mí? No me llamo José, y sé reconocer a una mujer adúltera cuando la veo.

Mujer – Es un poco más complicado que eso...

Hombre – Mi esposa me engañó con un extraterrestre. Acaba de dar a luz a un alíen, ¡cuando se suponía que yo era el padre! Me cuesta imaginar algo más complicado que eso.

Mujer – Y ¿estás seguro de que es normal...

Hombre – ¿Cómo que normal? Se parece a ET, te digo!

Mujer – Solo me pregunto... cómo un ginecólogo puede saber si un bebé extraterrestre es normal o no. Cuando ni siquiera sabe de qué planeta viene el padre.

Hombre (*abatido*) – Tienes razón... Especialmente cuando el ginecólogo es de Rumania. Porque al menos eso lo sabemos...

Negro.

Música de espera de contestador telefónico.

Luz.

El hombre está de nuevo en la cama, con la mirada perdida. La mujer llega, con un traje bastante formal, con una carpeta en la mano.

Mujer – Buenos días, Señor. Disculpe mi retraso. Un contratiempo.

Hombre – ¿Nos conocemos?

Mujer – Perdón, olvidé presentarme. Nunca tuve el placer de encontrarle todavía. Soy la Señora Eugenia Ionesco, su notaria.

Hombre – ¿Eugenia Ionesco?

Mujer – ¿Ese nombre le suena de algo?

Hombre – Déjame pensar... No, definitivamente, la primera idea que me viene a la mente es que estoy realmente jodido.

La mujer abre su carpeta y saca algunos papeles.

Mujer – A propósito, precisamente. Como acordado, he preparado los documentos que me pidió.

Hombre – Ah sí...?

Mujer – Hablo de su testamento, ¿recuerda?

Hombre – No.

Mujer – De todas maneras, siempre es bueno poner sus asuntos en orden. Por si acaso...

Hombre – Sí, un cura también me lo dijo hace no mucho tiempo.

Mujer – Nadie es eterno, ¿verdad? Yo misma, al venir aquí, tuve un pequeño accidente con mi coche. Un conductor imprudente. Podría haber sido mucho más grave. De hecho, esa es la razón de mi retraso.

Hombre – Así que por eso el notario llega después del cura. Me parecía extraño...

Mujer – El tiempo de firmar el parte... Ese tonto no quería reconocer que tenía la culpa. Era un cura, precisamente... Así que resulta que un cura también puede ser terco...

Hombre – Un cura que extrañamente se parecía mucho a mi mujer, supongo.

Mujer – Pero no quisiera retenerlo mucho tiempo. Y en cuanto a mí, todo esto me ha retrasado mucho... (*Le tiende un paquete de hojas y un bolígrafo.*) Aquí tiene, si quiere firmar y poner sus iniciales. Por supuesto, no está obligado a leerlo todo.

El hombre duda un poco antes de tomar el documento y el bolígrafo.

Hombre – Bueno, supongo que no tengo elección. Me siento como si estuviera firmando mi sentencia de muerte...

Intenta firmar pero se detiene después de varios intentos fallidos.

Mujer – ¿Hay algún problema?

Hombre – Su bolígrafo no funciona.

Mujer – Déjeme ver... (*Se inclina sobre el documento.*) Ah, no... Es solo que... se me olvidó advertirle. Es tinta invisible.

Hombre – Tinta invisible?

Mujer – Jugo de limón, si prefiere.

Hombre – De acuerdo...

Mujer – Adelante, firme. (*Mientras él pone sus iniciales y firma*) Comprenda que los notarios no siempre son bienvenidos en las Unidades de Cuidados Paliativos.

Hombre – Qué extraño.

Mujer – Sin embargo, me han dicho que incluso traen payasos, con la esperanza de aliviar el sufrimiento de algunos pacientes haciéndolos reír hasta la muerte. Personalmente, encuentro que no hay nada más triste que un payaso, ¿no le parece?

Hombre – Un notario, tal vez...

Mujer – El circo en general. Es siniestro. Siempre he pensado que huele a muerte. Sin mencionar las ferias, por supuesto.

Hombre – Creo que hablaba de jugo de limón...

Mujer – ¿Qué se le va a hacer? Siempre hay personas más desconfiadas que otras. Algunos familiares se preguntan si no vamos a hacer que su ser querido firme cualquier cosa en su lecho de muerte para despojarlo de sus ahorros y privarlos de su herencia.

Hombre – Así que si se encuentra con uno de esos en su salida, podrá mostrarle este testamento y decirle: ve, no firmó nada.

Mujer – Exacto.

Hombre – Y una vez que vuelva a su oficina, pasará el documento por una vela para caramelizar el limón. Yo solía hacer eso cuando era niño.

Mujer – Todos hemos sido niños, ¿verdad?

Hombre – Pero solo los notarios han conservado su alma de niño...

Mujer – Tengo que irme. Tengo otros moribundos que ver antes de esta noche.

Hombre – Por pura curiosidad... ¿Qué dice este testamento, en resumen?

Mujer – Usted lega todos sus bienes a una fundación cuyo objetivo es establecer contacto con civilizaciones extraterrestres.

Hombre – Si al menos me permite volver a tener contacto con mi esposa.

Negro.

Música de espera de un contestador telefónico.

Luz.

El hombre se despierta en su cama. La mujer regresa con bata blanca.

Mujer – Buenos días, señor.

Hombre – Buenos días, doctora.

Mujer – Esta vez no le pregunto si está bien. Es una de esas preguntas que se hacen automáticamente, antes de darse cuenta de que no deberían.

Hombre – ¿No ha visto a un notario salir de esta habitación con un testamento firmado con tinta invisible?

Mujer – Mi querido señor, creo que en el estado en el que nos encontramos... Quiero decir, en la etapa terminal en la que se encuentra... No tiene sentido engañarnos, ¿verdad?

Hombre – ¿Debo entender que aún no tiene buenas noticias que darme?

Mujer – Todavía nos debe bastante dinero. Le debo al menos la verdad. Fue, como se dice, la operación de última oportunidad. Lamentablemente, la operación no tuvo éxito. Realmente lo siento.

Hombre – No me sorprende. Nunca he tenido suerte...

Mujer – No tenga ningún remordimiento. En nuestro jerga, cuando hablamos de una operación de última oportunidad, nos referimos a una operación que no tiene ninguna posibilidad de éxito.

Hombre – Entiendo.

Mujer – Lo de la operación de última oportunidad es solo una artimaña de los médicos para hacer esperar a la familia, y al paciente mismo, mientras esperan el desenlace fatal.

Hombre – Sí, creo que entiendo la idea general...

Mujer – ¿Conoce a muchos pacientes que hayan sobrevivido después de una operación de última oportunidad?

Hombre – No, lo admito...

Mujer – Exacto... Y como no se puede creer que todos los pacientes sean tan desafortunados...

Hombre – Entonces, estoy condenado.

Mujer – No usaría términos tan brutales, pero... Sí, querido señor, ha llegado el momento de hacer un balance de su vida... y saldar cuentas con la sociedad. Empezando por la que es accionista mayoritaria en este hospital...

Hombre – Le agradezco su franqueza, Doctora Ionesco.

Mujer – Lamentablemente, tendré que pedirle que deje de llamarme Doctora.

Hombre – ¿Ah sí?

Mujer – Después de revisar mis diplomas y la tasa de mortalidad en mi departamento de cirugía, la dirección de este hospital ha considerado preferible reasignarme a contabilidad.

Hombre – Lo entiendo, pero entonces... ¿qué hace aquí exactamente?

Mujer – Bueno... Cuando hablaba de saldar cuentas, no era una metáfora... Vengo por la pequeña factura, querido señor... Ciertamente, nos dejará, pero no piense que lo dejaremos ir sin pagar. ¿Y no le han recomendado tener un seguro complementario?

Hombre – ¿Y si no tengo los medios para pagar?

Mujer – Eso podría afectar seriamente la salvación de su alma. Sabe, ahora... nuestro Servicio de Recuperación es extremadamente eficiente.

Hombre – Más que su Servicio de Cirugía, al menos.

Mujer – Digamos que... los rumanos que empleamos en este hospital son mucho más eficientes en el área de recuperación de deudas que en la cirugía cerebral... Y nuestros accionistas ahora tienen conexiones muy altas.

Hombre – ¿Quiere decir... allá arriba?

Mujer – ¿Qué podemos hacer? Los fondos soberanos que nos gobiernan ya estaban siendo gestionados por muertos vivientes. Empezaron comprando residencias de ancianos, hospitales, iglesias, cementerios... Lógicamente, terminaron adquiriendo participaciones en el cielo y el infierno.

Hombre – ¿Y entonces?

Mujer – Entonces es su elección... Pero debe saber que los morosos son mal vistos en el cielo.

Corte.

Música de espera de un contestador automático.

Luz.

El hombre está en la cama. Llega la mujer. Está vestida de negro. Y lleva una guadaña.

Mujer – ¿Entonces, querido señor? ¿Es hora de partir? No veo su pequeña maleta. Entre nosotros, no la necesitará donde va, pero parece que da tranquilidad...

Hombre – ¿Es una guadaña real?

Mujer – ¡Ah eso! No, claro que no... Es falsa. Es de plástico. ¡Mira!

Ella toma la hoja y la retuerce.

Hombre – De acuerdo.

Mujer – No, claro que no... Una guadaña real... Alguien podría lastimarse.

Hombre – Especialmente en un hospital.

Mujer – La guadaña es solo un símbolo. Como una escoba para una bruja o un báculo para un obispo. Para que nos reconozcan de inmediato en cuanto nos ven.

Hombre – Es cierto que la reconocí de inmediato.

Mujer – Al menos evita que tengamos que presentarnos. ¿Se imagina la escena...? Hola, soy la Muerte. Vengo a cortar el poco aliento que le queda después de que el contador de este hospital haya segado el poco trigo que le quedaba.

Hombre – Al menos no le falta sentido del humor...

Mujer – Con nosotros no e aburrirá, ya verá. Entonces, ¿está listo?

Hombre – Dios mío... Tan listo como se puede estar. Y ¿qué debo hacer exactamente?

Mujer – Usted no tiene que hacer nada. Yo solo tengo que apagar la luz...

Hombre – ¿Me acompaña en este último viaje?

Mujer – No, tranquilo. Solo soy el mensajero, por así decirlo. O el cartero, si prefiere. Vengo por el certificado con acuse de recibo. Después...

Hombre – De acuerdo... ¿Me da un minuto más?

Mujer – Si quieres ir a orinar una última vez antes de partir, es ahora. Después, ya no tendrá lo necesario para hacerlo. Créame, llega una edad en la que no solo tiene inconvenientes.

Negro.

Música de espera de contestador telefónico.

Luz.

El hombre, sentado en la cama, se levanta con una maleta en la mano. La mujer llega vestida con un traje de extraterrestre.

Mujer – Hola, cariño.

Hombre – Pero, no entiendo... ¿Dónde está la...

Mujer – ¿La Muerte? La envié a buscar dos cafés en la máquina expendedora. No pensé que sería tan fácil deshacerme de ella. Pero no tenemos tiempo que perder...

Hombre – ¿Entonces era cierto? ¿Estoy realmente casado?

Mujer – Tan cierto como que soy una extraterrestre.

Hombre – Pero, ¿cómo es posible?

Mujer – Es una historia un poco complicada... De hecho, es mi madre quien... Pero te la contaré durante el viaje.

Hombre – ¿Qué viaje?

Mujer – Te voy a llevar al planeta de donde vengo.

Hombre – ¿Y entonces, qué va a pasar?

Mujer – Créeme, nuestros hospitales son mucho más avanzados que este.

Hombre – Supongo que no hay riesgo de encontrarse con un interno rumano allí.

Mujer – Ninguno.

Él mira a su alrededor.

Hombre – ¿Y nunca volveremos aquí?

Mujer – No me digas que vas a extrañar este lugar.

Hombre – Me estaba acostumbrando.

Mujer – Si prefieres esperar a que la Parca regrese del Servicio de Psiquiatría con su termo y su guadaña de plástico. Después de todo, ya has recibido la extremaunción. Puedes intentarlo con el cura...

Hombre – No confío mucho... La apuesta de Pascal... Nunca he tenido suerte con las apuestas. De hecho, nunca he tenido suerte en general. Incluso la última oportunidad de operación la he fallado, así que la operación del Espíritu Santo...

Mujer – ¿Prefieres confiar en una extraterrestre?

Hombre – Si se parece a mi mujer, ¿por qué no? Entonces, nunca volveremos...

Mujer – Tal vez algún día. Pero no de inmediato.

Hombre – ¿En mucho tiempo, quieres decir?

Mujer – El tiempo... Eso es lo que tendremos que olvidar... Ahora tenemos que irnos, veo que la otra se impacienta allí, con su verdadera guadaña de plástico...

Hombre – Seguro que está decepcionada. Solo le dije que iba a hacer pis...

Mujer – Se imagina que después de morir, la gente sube directamente al Cielo acompañada de su ángel de la guarda. No quisimos contradecirla.

Hombre – Y al final, en mi caso, no está del todo equivocada. Excepto que mi ángel de la guarda es una marciana.

Mujer – Por eso prefiero que nos hayamos ido antes de que ella regrese. Dios es como Papá Noel, el día que lo vemos es el día que dejamos de creer en él. (*Le tiende la mano.*) ¿Vamos?

Hombre (*dudando*) – ¿Mi madre estará también allá?

Mujer – Te lo dije... No es el paraíso... Incluso estará la Virgen María.

Hombre – Nunca pensé que escucharía eso algún día. Me pregunto si no me habré vuelto loco.

Mujer – La vida es una terapia larga de la cual no siempre salimos curados.

Hombre – También es una enfermedad larga de la cual siempre salimos muertos. ¿En qué consiste esta operación?

Mujer – Un trasplante de cerebro.

Hombre – Ah... Mejor hacer una copia de seguridad, entonces...

Mujer – Te vamos a trasplantar un cerebro marciano. Desafortunadamente, no podremos recuperar los datos que tienes en tu memoria actualmente.

Hombre – Bueno... De todas formas casi no recordaba nada. Y tampoco todos mis recuerdos eran buenos. Después de todo, no es tan grave. No, no me arrepiento de nada. Comienzo desde cero...

Mujer – Eso me recuerda una canción...

Hombre – Contigo... Iré hasta el fin del mundo... Si así me lo pides...

Ella le toma la mano.

Mujer – Entonces, vamos...

Salen.

Negro.

Música de espera de un contestador automático.

Luz.

La habitación está vacía. No hay nadie en la cama. Un médico llega acompañado de una enfermera, ambos visten batas blancas.

Mujer – Ah, en ésta ya no hay nadie...

Hombre – No, el tipo nos dejó ayer. Fue el Doctor Ionesco quien lo operó...

Mujer – Su última operación...

Hombre – Y su última víctima...

Mujer – Un lugar que se libera para el próximo.

Hombre – En cambio, ya tuvimos tres nacimientos esta mañana en la maternidad.

Mujer – Unos se van, otros llegan... Es el gran ciclo de la vida.

Comienzan a salir.

Hombre – ¿Saben qué ha pasado con él?

Mujer – ¿Ha muerto, verdad?

Hombre – Hablaba de Ionesco.

Mujer – Ah... Él también nos dejó. Creo que ahora se dedica al teatro.

Hombre – Siempre es mejor que estar muerto.

Mujer – Sí... Tal vez...

Negro.

Música de espera de un contestador automático.

Voz en off – No cuelgue, Dios pronto le responderá...

Reinicio de la música.

Tono de una línea ocupada o de una comunicación interrumpida.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio The Book Edition o Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
El yerno ideal
Foto de Familia
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
El pueblo más cutre de España

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Muertos de la Risa

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril 2023

ISBN 978-2-37705-922-5

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.